

## El Colonialismo en la Literatura Escolar

Por Jaime Caucao, profesor de Literatura

*“¿Recuerda usted lo que pasó en México cuando Cortés y sus magníficos amigos llegaron de España? Toda una civilización destruida por unos voraces y virtuosos fanáticos. La historia nunca perdonará a Cortés”*

RayBardury, Crónicas Marcianas

Hace unos días estaba escuchando la presentación de unos alumnos de un primero medio acerca de un video juego cuyo argumento, por resumirlo de algún modo, consistía en invadir el terreno virtual de otros competidores, destruir sus construcciones y, a su vez, implantar las propias. Gana el jugador que es capaz de quedarse con todo. Les comenté que el video juego, aún sin conocerlo, me parecía un ejercicio simulado de violencia colonial, algo muy propio de la cultura norteamericana y europea, por cierto.

Cuando se trata de crear productos para niños o adolescentes, nada es casual y todo sirve para operar a nivel subliminal. No en vano el escritor chileno Ariel Dorfman publicó hace años un estudio llamado *“Para Leer al Pato Donald”*, donde dejaba en claro que nada era inocente en dicha caricatura. Por supuesto, los niños no saben leer estos simbolismos y los consumen e incorporan naturalmente a sus mecanismos de construcción simbólica.

En mi rol de profesor (antes fui estudiante de este colegio) me he ido reencontrando con lecturas que en su momento no comprendí cabalmente. **“Mi Planta de Naranja Lima”**, por ejemplo, es un emotivo libro que leen los estudiantes de primero medio. Una novela que habla sobre la cruda infancia de un niño llamado Zezé, cuya madre era “india” - cosa que a él lo enorgullecía pero que a su hermana Gloria le provocaba una profunda vergüenza - de modo que evita mencionarlo. No quiere que nadie sepa que es mestiza y ello, junto a la brutal pobreza de su entorno, es una marca de violencia social que hay que descifrar.

Aunque el libro que mejor toca el tema y nos muestra una sociedad profundamente colonial, es **“Pacha Pulai”**, del chileno Hugo Silva. Leí por primera vez ese libro hace más de veinte años atrás y no pasó de ser una entretenida aventura que disfruté, pero que en realidad no *leí*. La trama nos cuenta la historia del desaparecido aviador, el Teniente Alejandro Bello, quien al momento de perderse habría aterrizado de emergencia en un desconocido y misterioso valle del desierto, donde junto al forajido Froilán Vega, hacen ingreso a Pacha Pulai, una ciudad donde aún se vive a la usanza del siglo XVI. El Gobierno es ejercido por don Gonzalo Cisnero, miembro de una dinastía, y los malos de la historia son su sobrino Ramiro y el Mestizo Pancho, un personaje mitad indio que siembra el terror en Pacha Pulai. Él está al mando del “populacho”, una masa sin rostro que “vive quejándose y armando revueltas”.

El Teniente Bello asume la identidad de Alonso González de Nájera, un soldado español que, en efecto, estuvo en Chile durante la Guerra de Arauco, y que en su libro “Desengaño y Reparación de la Guerra del Reyno de Chile”, defendió la teoría del exterminio total de los mapuche a fin de asentar el dominio del Imperio Español. El libro, que está contado desde la perspectiva de la “nobleza” (como toda la historia de Chile, por cierto) se mueve entre los estereotipos del europeo noble, de linaje azul, poderoso, luchando contra una masa popular liderada por un indio bárbaro, pobre y violento. La escena final del libro (que no contará para no estropear la lectura de los alumnos que aún no lo leen) es muy simbólica en el uso de una espada que “hace justicia contra los sublevados”.

Pasando a los libros de otros niveles, el que mejor toca el tema desde una perspectiva crítica es “Crónicas Marcianas”, de Ray Bradbury. Es un motivo recurrente de la cultura norteamericana fantasear con la idea de colonizar otros planetas, o al revés, de sufrir una invasión alienígena. El argumento de dicha novela es muy sencillo: las bombas atómicas han devastado la Tierra y los humanos deben huir a Marte, pero ¿será un proceso de colonización pacífico o violento? Los marcianos son mostrados como personajes pacíficos, ingenuos, humanizados en sus virtudes y defectos, y no tardarán en comprobar que los terrícolas somos abominables. “*Nosotros, los habitantes de la Tierra, tenemos un talento especial para arruinar las cosas grandes y hermosas*” reflexiona uno de los personajes.

Ya en cuarto medio, “*Cien Años de Soledad*” es el libro que mejor sintetiza los símbolos de nuestro pasado colonial. América Latina, el continente joven que recién descubre su identidad, que sufre por las desigualdades y violencias heredadas desde los tiempos del “descubrimiento” y conquista, emerge como un torrente de mitologías que hacen de Macondo ese lugar alegórico donde toda la historia de nuestro continente ocurre: la emigración, la fundación, las guerras civiles, las dictaduras, las masacres, la destrucción y el olvido. Los latinoamericanos vivimos la soledad de quien no se conoce a sí mismo, reflexiona García Márquez en algún discurso.

Nuestro sistema educacional, como una herencia del positivismo del siglo 19 que aún no hemos podido sacudirnos, es absolutamente acrítico con la idea de la colonización, y más aún, la ensalza como procesos “civilizatorios”, ocultando y evitando profundizar en su violencia y sus posteriores consecuencias que llegan hasta nuestros días. La literatura, sin embargo, es un excelente punto de acceso para poder plantear esta discusión y aprender a desarrollar una mirada crítica sobre los procesos colonizadores. Hay que aprender a leer entre líneas o, como dijo algún escritor, hay que aprender a leer al revés. De lo contrario, no sucede nada.-